

PEDRO TAMARON Y ROMERAL

Natural de La Guardia, arzobispado de Toledo, donde nació hacia 1696. Falleció en el pueblo de Bamoa, Sinaloa, el 21 de diciembre de 1768, cuando realizaba su segunda gran visita episcopal.

Obispo de Durango. Escribió una *Historia General de Caracas, Ven., Triunfos de la Gracia en la Santísima Imagen de María que con el título del Socorro se venera en Nueva Valencia del Obispado de Caracas*, (Madrid, 1749); y su *Descripción del Vastísimo Obispado de la Nueva Vizcaya, 1765*, que es su obra principal, en la cual proporciona rica y amplia información de Durango, Sinaloa, Sonora, Arizona, Nuevo México, Chihuahua y porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas.

Esta obra que había comenzado a imprimirse en 1898 en *La Semana Católica* de México, y posteriormente en 1929 en el *Boletín de la Biblioteca Nacional de México*, no fue editada en forma completa sino por Vito Alessio Robles, en México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1937, XVIII-464 p., ils., mapas, (Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas 7). Alessio Robles hace un buen estudio del Obispo escritor y viajero. En forma menos extensa le estudió Mario Hernández y Sánchez Barba en una reedición hecha en España, *Bibliotheca Indiana*, 2 v. Madrid, 1958, II-947-1062. A su labor episcopal se han referido: Vicente de P. Andrade, *Noticias biográficas de los Ilustrísimos Prelados de Sonora, de Sinaloa y de Durango*, 3a. ed. México, 1899, así como José Fernando Ramírez, *Noticias históricas y estadísticas de Durango*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1857.

Fuente: Pedro Tamarón y Romeral. *Demostación del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya-1765, Durango, Sinaloa, Sonora, Arizona, Nuevo México, Chihuahua y porciones de Texas, Coahuila y Zacatecas*. Con una introducción bibliográfica y acotaciones por Vito Alessio Robles. México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1937. XVIII-464 p. ils. mapas. (Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas 7.) p. 265-272.

RELACION DE LA PROVINCIA DE SONORA SIGLO XVIII

Esta provincia, por la exorbitante riqueza que produce, y por la extrema necesidad que padece pide historia muy dilatada y daría asunto copioso para llenar un abultado volumen, a cuya empresa no se puede extender la descripción

ajustada que se lleva de este obispado, pero se hace forzoso explayar algo más la noticia de la Sonora, por los dos motivos ya apuntados.

La Sonora comprende un dilatado terreno que corre desde la entrada del Yaqui en el Golfo o Mar Califórnico de poniente a oriente, hasta la Misión de Tecora, confinante con la Tarahumara Alta, dando vuelta por la Misión de Basaraca, que cae hacia el norte, vuelve a reconocer el Mar de California caminando por los presidios de Fronteras, de Terrenate y Tubac, y Misión de Caborca, y desde estas playas, corriendo al sur, remata con el mismo desemboque del río Yaqui, aquí se incluyen las dos Pimerías Alta y Baja; son estos países utilísimos, que ofrecen grandes conveniencias, así por su situación como por lo benigno del temperamento y fertilidad y fecundidad; es la Sonora tierra abierta y despejada, llana por parte, por otra serranías de hermosos valles y aunque no tienen río grande abunda en arroyos que ofrecen facilidad de sacas de aguas para riegos, con las cuales y bondad de la tierra, se consiguen copiosas cosechas de trigo, maíz y demás semillas, las crías de ganados mayores y menores se logran con facilidad por tener pastos y terrenos proporcionados para ello.

Excede la Sonora a las demás provincias en la riqueza de sus minerales de oro y plata, bien notorio es el aborto asombroso que ha poco más de veinte años que produjo la Arizona en la Pimería Alta, que descubrió un indio yaqui, y pasando a noticia de otros que hallaron diversas bolsas de plata perfecta, de arroba y de dos y de otros pesos; un mulato tuvo la fortuna de dar con un pedazo de veintiuna arrobas pero a tanto hallazgo salió otro acreedor y la justicia dispuso el negocio de suerte que el inventor perdió su tesoro, se sacaron algunas planchas de mayor valor y la que con razón hizo más ruido fue la grandiosa bola que habiéndose cavado como una vara de tierra, se reconoció de tal magnitud, que fue su peso de ciento y cuarenta arrobas de plata pura y perfecta, que puso en confusión a los inventores para extraerla de su asiento; esta maravilla dio motivo a suscitar la cuestión de si era tesoro o mineral; la Real Audiencia de México declaró tocar a minería, y el Real y Supremo Consejo de las Indias revocó lo determinado en México y mandó se considerase como tesoro y que se trabajara de cuenta de la Real Hacienda, a lo que no se ha puesto mano y se cesó en buscar más bolas o planchas de plata en aquel paraje.

Pero como por todas partes brota la Sonora oro y plata, sin tocar el tesoro escondido de la Arizona, tienen aquellas gentes muchos sitios que escarbar, en que con facilidad descubren estos preciosos metales; ya queda tocado el incremento que desde el año de mil setecientos cincuenta y nueve tiene la población de San Antonio de la Huerta, alias Soyopa, por el oro que se coge en la superficie de la tierra; después se descubrió el Real de Saracache, y posteriormente el llamado Bacuache, que aún son mucho más ricos que el de Soyopa, por ser éstos de placeres y vetas formales de oro y de que han dado muestra especiales granos de dos y tres marcos de oro que se han hallado entre la arena, pero impide el trabajar por estar en las cercanías de los enemigos, que confederadas las naciones, por el norte pimas bajos y eudebes, y por el poniente pimas altos, y por el sur los seris, no hay hora segura para sus asaltos, que las más de las veces son a traición y cuando conocen estarán más descuidados.

La Sonora llora en el tiempo que corre fatales ruinas causadas por los innumerables enemigos que la circundan, tiene extinguidos y arruinados sus más preciosos copiosos minerales, como son Jupe, cercano a San Miguel, San Juan de Sonora, villa que era capital de aquella provincia, cuya iglesia de buena fábrica aún subsiste con sus puertas, Antunes, Opodepe, San Xavier, la Soledad, San Lorenzo, San Juan, Nacozari, la Arizona, por la costa del Mar Californio; y el salvaje que acabó con todos sus habitantes, el seri, el año de mil setecientos cincuenta y uno, abandonados sus haciendas y ranchos que se poseían por sus vecindarios, sin haber quedado otra cosa hasta la costa que la villa de San Miguel y la hacienda del Pitic, y eso con la pensión de no poder mantener cosa en el campo sino las precisas labores para su manutención expuestas a los mismos riesgos que las personas, pues la hostilidad continúa desde el año de mil setecientos cuarenta y uno, sin que hayan bastado a contenerla las repetidas providencias que se han tomado, del todo infructuosas.

Son los enemigos muchos y unidos especialmente los seris, tepocas, salineros, pimas y apaches, aunque los seris son muy pertinaces y hacen la más fuerte guerra y contra ellos por su crueldad, perniciosos, han sido repetidas las campañas; esta nación estuvo reducida con sus pueblos de misión, su inquietud provino de haber puesto en sus propias tierras el presidio de Horcasitas, me han contado que a los misioneros clamaron repetidas veces con los perjuicios que aquel presidio les oca-

sionaba, que lo pusieran en otra parte; los padres no pudieron atenderlos como quisieran por no estar en su mano, visto nada conseguían se sublevaron, el gobernador de las provincias juntó la gente que pudo, así de los presidios como otros auxiliares, siguió a los seris, éstos se retiraron a la isla del Tiburón, en la que fueron sitiados, superando las dificultades de embarques y desembarques, mataron algunos, los demás se rindieron y fueron remitidos a México en collera, embarcados, y en Matanchel mataron la guarnición y marineros de la embarcación que los llevaba, se volvieron a su tierra y, como unas fieras, estos apóstatas han hecho y hacen cruel guerra sin cesar; el difunto coronel y gobernador don Juan de Mendoza, en todo el tiempo de su Gobierno repitió contra ellos cuantas campañas pudo y cada vez más se insolentaban. El año de sesenta que yo pasé por aquellas cercanías, por el mes de marzo, llevaba ya dos campañas, la primera en febrero, de la que volvió con precipitación; repitió otra en marzo con trescientos diez hombres, la que fue motivo no penetrara yo a Horcasitas y demás presidios por falta de escolta, y esta campaña fue aún más desgraciada que la primera, pues con mayor aceleración regresaron perseguidos de los seris, los que hirieron con flecha al gobernador en un talón.

El Cerro Prieto es el asilo de los seris, distante del Presidio de Horcasitas treinta leguas; allí se han encastillado, y no hay fuerzas humanas que los desalojen, de cuyo resguardo se favorecen y de allí salen a talar la tierra de Sonora, Pimería Baja, río Yaqui y también se introducen a la provincia de Ostimuri y ejecutan cuantos estragos pueden, como ya se tocó lo habían ejecutado este año de sesenta y tres, el año de sesenta tuvieron la osadía de acercarse una corta partida de seris al Real de Saracache, que aseguran no pasarían de diez y nueve, estando allí el gobernador, don Juan de Mendoza y gran concurso de gente que había acudido a la novedad de los placeres de oro que se habían descubierto; fueron sentidos y llegaron a salir en distintas partidas ciento cincuenta hombres, y a todos hicieron cara los pocos seris peleando con tanto tesón como si estuvieran tantos a tantos, y avisando de esta pertinacia al gobernador, con la fogosidad y ardor de soldados, llegó a donde una porción de los nuestros estaban ocupados con la resistencia de un indio que ya estaba casi postrado de algunos balazos que le habían dado, y vista por el gobernador la tenacidad de aquel indio, por reprimir su obstinada resistencia, le metió en la boca el bastón y así tendido como es-

taba, casi agonizando, pudo repechase contra un bardazo y embarazando su arco, disparó tan terrible flechazo, que entrándole al gobernador por el pescuezo le atravesó y apuntó, rompiendo por el costado encontrado; cayó el gobernador y el indio matador expiró, duró el gobernador con vida dos días, murió el veintisiete de noviembre. Así rindió la vida este famoso militar, coronel de los Reales Ejércitos, don Juan de Mendoza, que llevaba ya más de cinco años de gobernador y capitán general de Sinaloa, empleando lo más del tiempo en guerrear con los seris, aunque con desgracia que consumó con la lastimosa pérdida de su vida.

En la vacante de este gobernador fue nombrado interino el teniente coronel don José Tienda de Cuerdo, que servía en el puerto de la Veracruz, sujeto de muy amables prendas, religioso en sus acciones, fervoroso y eficaz en el cumplimiento de su obligación, luego que llegó, el año de sesenta y uno a su destino, y presidio de San Miguel de Horcasitas y se hizo cargo de lo arruinada que encontró la Sonora y expuesta a su último exterminio, convocó a los capitanes de los otros cuatro presidios y demás personas que le pudieron ayudar, y los animó de tal suerte, que ofrecieron cantidades crecidas de pesos, y el padre visitador jesuita de aquella provincia, concurrió con gruesas porciones de víveres y mantenimientos especialmente de carnes y harinas, sacó soldados de su presidio de San Miguel, treinta y siete; del Altar, treinta y tres; de Frontera, treinta y cuatro; de Terranete, cuarenta; de Tubac, cuarenta, que todos los soldados fueron ciento ochenta y cuatro; indios de las naciones de la provincia, doscientos diez y siete; milicianos, que son los vecinos, veinte; que todos componen cuatrocientos veintiuno; con esta gente dispuso su ejército, nombró de capitán comandante al de Fronteras, don Gabriel Vildósola; salió esta tropa de San Miguel de Horcasitas, día siete de noviembre de mil setecientos sesenta y uno, fueron haciendo sus marchas en busca de seris y pimas, se encaminaron al Cerro Prieto, lo penetraron y reconocieron, no encontraron con los enemigos, serían sabedores del refuerzo que se llevaba y trataron de retirarse a la marina y en balsas se pasaron a una islita llamada San Juan Bautista, se hicieron en esta campaña que duró tres meses y días, varias correrías; por el resumen que el mismo gobernador me envió, consta que de los enemigos murieron cuarenta y nueve, prisioneros sesenta y tres, caballos que se les cogió, trescientos veintidós; de los nuestros murieron dos, un soldado y un indio y doce heridos

que sanaron; cuando me avisó el gobernador de esta expedición y de que era por cuatro meses, concebí esperanzas de la ruina de los seris, que según se observó aún no llegaron a ciento cincuenta; durante esta guerra estuvieron oprimidos los seris y no pudieron hacer daño, pero los apaches, por la parte norte, donde ellos viven, lograron la ocasión haciendo robos y muertes, y los seris luego que nuestra gente se retiró con el ímpetu que un río represado corre cuando se suelta, han repetido y repiten con nueva furia y ferocidad sus destrozos.

La experiencia coincidente con esta última campaña (motivo porque me he detenido a poner alguna razón de ella), que éstas no son suficientes para reducir las naciones enemigas que circunvalan la Sonora, si no es lo que tengo propuesto desde que vine de mi general visita al rey nuestro señor y a su virrey de esta Nueva España, diciendo que el número medio que ya quedaba por experimentar, para refrenar a tanto gentil y apóstata, era introducir tropa arreglada de infantería, que con tres mil hombres sería suficiente para atacarlos en las fronteras más necesitadas de este obispado, distribuidas en esta forma: la mitad ponerlos en Chihuahua y de allí irlos atacando para San Buenaventura y limpiar aquellas sierras y sus contornos, y de allí que fueran introduciéndose hasta el río Gila, distante del presidio de Janos, cincuenta leguas, y que se fueran internando hasta Suní, último pueblo del Nuevo México, y de allí premeditaron la empresa más útil: si seguir a los moquis que se internan sesenta leguas al norte o dejarse caer al poniente a los navajoes para acercarse al río grande de Navajo, que se dice es cabecera del río Colorado que entra en California, y por allí esperar los progresos del otro cuerpo de tropa que había de principiar su expedición en la Sonora; la mitad de estos mil quinientos infantes que dieran tras los seris que brevemente acabarían con ellos teniendo tésón en seguirlos logrando las temporadas acomodadas, y la gente restante girara por el rumbo del norte, en demanda de los apaches y otros aliados y que los cinco presidios, con su caballería auxiliaran las funciones de estos destacamentos; de esta suerte penetrarían estos mil quinientos la dos Pimerías; y éstas pacificadas, montarían a las cabeceras del río Colorado, en donde se reunirían los tres mil hombres y, allí puestos, el tiempo y circunstancias enseñarían el rumbo que habían de tomar y de esta tropa saldrían muchos pobladores, que es el segundo medio preciso para la conservación, con dos o tres campañas, en otros tantos años, desde marzo a fines de

octubre, esto es en las tierras frías, que en las calientes todo el año se lograba esta última experiencia que propuse por más útil y eficaz.

Dije que con la última campaña que referí dispuso el gobernador don José Tienda de Cuerbo, se venía en conocimiento no ser suficiente este modo de campañas para sujetar a los indios enemigos, y es la razón por que la dicha última campaña se hizo de un modo extraordinario, que fue con campo grueso de cuatrocientos veintiséis hombres y que había de continuarse por cuatro meses; en el tiempo de mi residencia en este obispado ésta es la campaña de más duración, y aunque no cerró a los cuatro meses, pasó de tres, que siempre resulta la más dilatada en estos tiempos; las campañas ordinarias la que más se extiende es a un mes y con poca gente; puédesse también traer a ejemplar aunque algo antiguo, la campaña que se suele llamar del padre Menchero. Por los años de mil setecientos cuarenta y siete se dispensó ésta, se juntaron hasta setecientos hombres de a caballo y, saliendo del Paso, tiraron por el río Norte, arriba y desde la jornada del Muerto, torcieron rumbo al poniente, en busca del río Gila, llegaron a él y por aquellas vastísimas tierras hicieron algunas correrías, descubrieron varias rancherías de indios, apresaron algunos, se volvieron a cargar al norte, arribaron a la derecera y altura del Nuevo México, ya no sabían dónde estaban, encontraron una senda, enviaron por ella a explorar y salieron al pueblo de Acoma, cuyo misionero me lo contó, quien me dijo que como allí venía el padre Menchero fue con los soldados y un capitán, don Santiago Ruiz, el que también me lo refirió; de allí partieron hasta Suní y, por lo avanzado de la estación del tiempo, no pasaron a los Moquis; sí dejaron disposición para que se fundaran pueblos, a los navajoes se les ministró cuanto necesitaban de la Real Hacienda y lo perdieron los tales indios y estos mismos me salieron al pueblo de la Laguna con la misma instancia de sus pueblos y que querían ser cristianos; me informaron los padres franciscanos de la inconstancia de los navajoes y que siempre decían lo mismo, pero que no había forma de sujetarse a rezar, conocí no venían como debían, los agasajé y exhorté y dejé encargo a los misioneros los fueran atrayendo como pudieran, no se conoció otro especial fruto de aquella tan sonada campaña.

Pedía infantería española, pues los militares que aquí se conocen en estos presidios, todos son de a caballo, por ordenanza cada uno ha de tener a los menos seis caballos, otros

tienen más y los capitanes de reserva mantienen buen trozo de caballada; es un continuado impertinente enredo cuidar de tanta caballada, que es muy codiciada de los indios enemigos, y así la mitad de la gente en campaña anda divertida y ocupada en guardar la caballada sobresaliente que siempre se lleva para remudar, los caballos no pueden subir a los peñascales a donde se acogen los indios, los de a pie sí, el de a caballo usa armas, escopeta corta y lanza; aquella es más frecuente, alcanza poco y ocupada con la adarga y rienda y movimiento del caballo, los más tiros se pierden; el soldado de a pie llevaría fusil, alcanza mucho más que las flechas, con la bayoneta le sirve de lanza, en lugar de casaca que llevaran las cueras de que aquí usan que no penetran las flechas, y de esta suerte, lentamente, caminando en dos o tres campañas de a nueve o diez meses cada una, se verán sus adelantamientos, supuesto de que cada trozo de infantes necesitaría de alguno de caballería de los presidios para reconocer los parajes y aguajes. Puse en mi citado informe el ejemplar de la infantería que pasaron de mil hombres que se enviaron a la provincia de Caracas el año de cuarenta y nueve y anduvieron por toda ella, que es muy dilatada y entraron en la provincia de Cumana, y también llegaron al Reino de Santa Fe, por tierras y montañas más ásperas y montuosas que las de estas partes, que sola la Sierra Madre aquí excede en aspereza, y las partes en donde tienen que laborar aquí las tropas no tocan en la Sierra Madre, ello fue que con la dicha infantería se pacificó y aquietó aquella tierra, y con ella se logró a toda satisfacción el fin a que fue enviada, con lo que al rey le cuesta un soldado de a caballo, mantiene tres de a pie; pastos y aguadas para crecida caballada suelen ser raros, en función que pasará de dos meses a la caballería de esta tierra, no le serían suficientes a cada soldado los seis de ordenanza, por el estropeo de galopar, sólo para enlazar y enfrenar cada día en una faena que sólo la creará el que ha caminado largo; qué carreras cuesta esta primera función de cada día, pues no habiendo pesebre, paja ni cebada, se han de soltar a que busquen yerba o zacate, que aquí llaman, para comer; las más mañanas salen con la novedad de que faltan algunas, se desatinan en carreras para buscarlas, otras poco mansas parten con precipitación, salen tres o cuatro con tanta carrera pueden a atajarlas; de estos espectáculos solía tener a mis ojos muchos días cuando dormía en despoblado; de esta diversión fatigosa se libra la infantería.

Según me lo han pintado, es imponderable la confusión que causa a estos soldados de a caballo en estas guerras cuando quieren coger descuidado al enemigo; dan el asalto al romper el alba y por eso llaman albazo, se hallan sin caballos y desprevenidos, es sin igual su pavor y susto, sin saber qué hacerse, el soldado de a pie tiene más facilidad de hacerse a las armas, varias veces me han ponderado la inacción de estos soldados de a caballo, si se les matan o caen, o les coge la función sin montar, usan unas espuelas con rodajas como la palma de la mano con picos largos, que este estorbo es bastante para enredarse; y sea ejemplar entre innumerables el mes de noviembre de cincuenta y nueve; sucedió que el capitán del presidio del Paso, don Manuel de San Juan, volvía de Chihuahua a su presidio, en medio del camino se ofreció que habiéndose ya rancheado algo temprano en paraje que estaba un poco retirado el agua le pareció mejorarse de sitio una legua más adelante a lo que daba lugar sobrado el día que restaba; como ya habían descargado, ensillaron y el capitán se fue con la mayor parte de la escolta, dejó tres arrieros para que fueran cargando y cuatro soldados que los guardaran, marchó el capitán con su gente, llegaron al puerto destinado y viendo lo inclinada que iba ya la tarde y que tenían tiempo sobrado para haber llegado las cargas, envió unos soldados a reconocer si venían, fueron, no parecían, siguieron hasta donde quedaron, miraron todos tendidos, descerrajados baúles y petacas y parte de ropa tirada; asustados a carrera volvieron a avisar al capitán que luego acudió y halló seis hombres los cuatro ya muertos y dos vivos, pero tan mal heridos que el uno murió en el camino y el otro al entrar en el Paso, y todos estaban atravesados de muchos flechazos. Recogieron la ropa que habían dejado, la mejor se llevaron, las mulas y los caballos y uno de los arrieros para que ayudara a transportar el pillaje, al cual después les pareció mejor dejarle, le dieron un fuerte lanzazo; tuvo forma de liarse o atarse bien la herida y atajar la sangre, logró sanar y éste dio razón de todo el suceso, y de que los indios agresores fueron cinco, y éstos contra siete hicieron tal destrozo; a los siete meses después pasé por el paraje en que acaeció tan lamentable suceso, que es bastante abierto, sin montaña ni espesura, todo raso, por unas lomas de la parte del poniente dicen que vinieron que a su vista tardaron algo en caer y los soldados ni las fundas de las escopetas quitaron, lo que ha dado motivo a discurrir con variedad en qué consistía esta inacción.